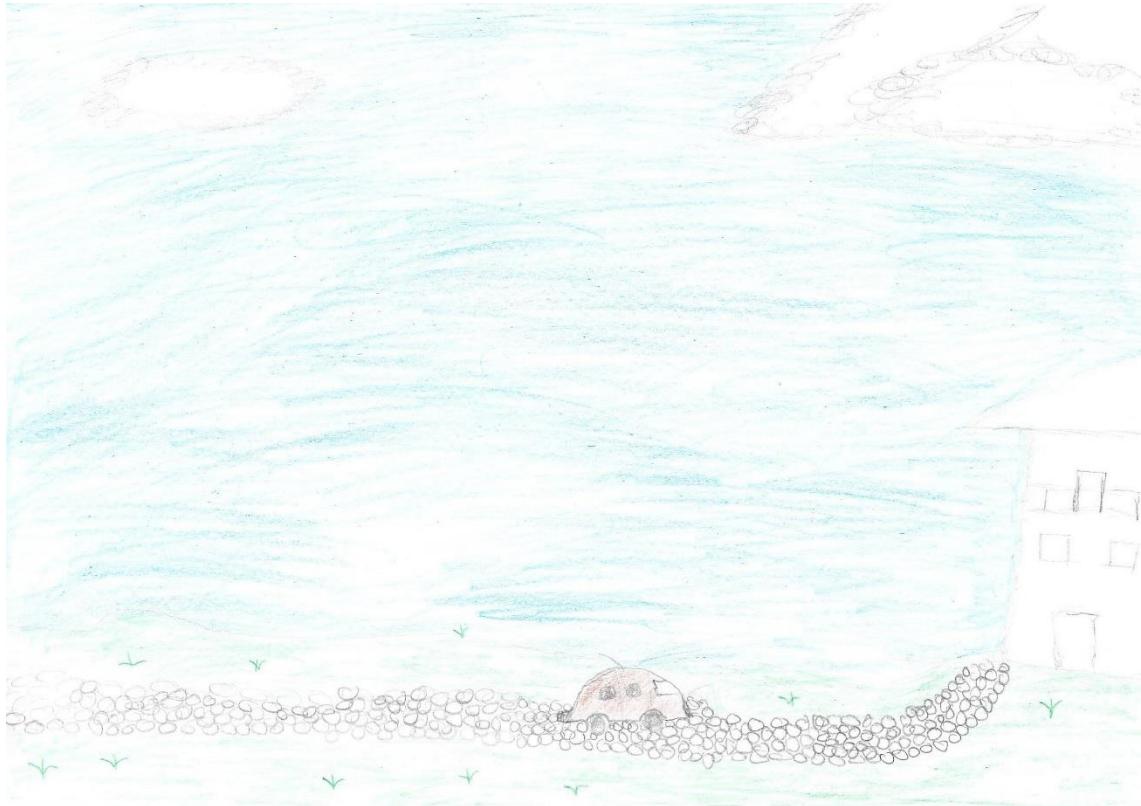


REGALO DE CUMPLEAÑOS

Todo empezó un día normal en el que me dirigía a ver a mis abuelos, los padres de mi madre. Me acuerdo perfectamente de ese día en el que íbamos mi madre y yo en su coche rojo por los viejos caminos del pueblo de mis abuelos.



Esa tarde del mes de mayo era mi cumpleaños y el abuelo siempre me hacía una tarta deliciosa de chocolate, galletas y mermelada de fresa. En cambio, mi abuela me hacía todos los años un hermoso vestido con telas que traía mamá de vez en cuando.

A mi abuela se le daba tan bien pintar que todos los años, el día de mi cumpleaños, me peinaba cuidadosamente mis rizos castaños y me vestía con los vestidos que me hacía, me mandaba junto a una higuera para pintar un hermoso cuadro.

Solo que este año iba a ser diferente ya que, desgraciadamente, mi abuelo falleció. Después de eso, la salud de mi abuela empeoró. Se olvidaba de cosas importantes, iba a sitios a los que no sabía ir, confundía las cosas, etc. Entonces mi madre la llevó al médico y le diagnosticaron Alzheimer. Mi madre tuvo que buscar a alguien que cuidara de ella.

Cuando por fin llegamos a su casa, María, la señora que cuidaba a mi abuela, nos abrió la puerta.

- Hola, María cuánto tiempo. ¿Cómo estás? -Se dirigió mi madre hacia María, que se encontraba en la puerta de la casa de mi abuela.

-Muy bien, señora Beatriz. -Le contestó María a mi madre sonriente.

Mientras mi madre y María se ponían al día, yo bajaba las maletas del coche, ya que mi madre se quería quedar unos días.

Una vez que acabé de llevar las maletas a mi cuarto y al de mi madre, fuimos al salón, donde se encontraba mi abuela en su butaca de siempre, mirando por la ventana.

-Hola, mamá... ¿Te acuerdas de mí? -Preguntó mi madre a la abuela. La abuela la miró con el ceño fruncido y como sin decir nada, y se volvió a observar aquel paisaje que se encontraba tras la ventana.

Mi madre sin decir nada más le dio un beso en la frente y se fue a la cocina a hacer la comida y preparar mi tarta.

Cuando me quedé sola con mi abuela, coloqué una silla al lado de su butaca y le cogí la mano.

-Abuela... ¿Sabes quién soy? -Mi abuela me miró a la cara y luego bajó la vista hacia mi mano, que sostenía la suya. Apartó la mano rápidamente y siguió observando por la ventana.

No. Me negaba a que la abuela no se acordara de mí, y más el día de mi cumple. Así que se me ocurrió una súper idea.

Justo cuando me levanté de la silla, mi madre me gritó desde la cocina que tenía que ir a comer. Eso significaba que mi súper idea tenía que esperar.

Me senté a comer al lado de mi abuela. Mi madre había hecho sopas de ajo, tortilla de patata y una empanada de atún buenísima.

-Mamá, ¿cuándo comemos la tarta? -Le pregunté a mi madre metiéndome el último bocado de la empanada en la boca.

-No sé, Julia, supongo que sobre las seis y media o así.

Me colé rápidamente en el cuarto de mi abuela, que era donde guardaba todos los vestidos que me hacía. Cogí el vestido del año anterior, el de mis 14, me lo puse y me dirigí al baño a peinarme los rizos como la abuela hacía. Era un vestido azul claro precioso con una pequeña cola hacia atrás. Entonces bajé donde estaba María.

-María, ¿me puedes hacer un favor? -le pregunté.

-Por supuesto, Julia. ¡Qué guapa estás! -Me respondió mirando aquel hermoso vestido.

- ¡Gracias! ¿Puedes llevar a mi abuela a la higuera con un lienzo y pinturas?

-¡Sí, por supuesto! -me respondió María.

Esperé a que María sacara a mi abuela al jardín. Cuando vi que mi abuela ya estaba afuera, salí decidida, segura de que cuando mi abuela me viera iba a recordar quién era. Después de que María colocara a mi abuela justo donde ella se ponía todos los años a pintar, me coloqué junto a la higuera con la misma postura de siempre, mirándola sonriente y con los brazos atrás.

Mi abuela se quedó con el pincel en la mano, mirando el lienzo en blanco. Entonces me miró y se quedó pensando qué tenía que hacer.

-Oye, niña, eres muy guapa. Incluso te pareces a mí cuando era joven. ¿Quieres que te pinte un cuadro precioso? -Contuve las ganas de llorar.

-Sí. ¡Por supuesto que sí!

Mi abuela empezó a mezclar colores y a pintar.



Y, de repente, dejó de pintar, me miró y me dijo:

-¿Julia? -Sonréí al escuchar a mi abuela decir mi nombre.

- Sí, abuela, soy yo. -Corré a abrazarla y así estuvimos un buen rato. Después nos pusimos a hablar mientras ella me seguía pintando. Hasta que llegó mi madre.

-Julia, cariño, ya está la tart... -no pudo acabar.

Cuando mi madre vio el hermoso cuadro que había pintado mi abuela, se quedó quieta observando a mi abuela, que estaba sonriendo.

-Hola, hija, mira qué guapa está Julia. -Mi madre la abrazó.

-¿Mamá? ¿Te acuerdas de nosotras? -dijo con lágrimas en los ojos.

-Sí, claro que sí. Bueno, ¿Vamos a por la tarta? -preguntó mi abuela.

Y así pasamos la tarde riéndonos y compartiendo anécdotas.

Al día siguiente, mi abuela estaba en el patio leyendo.

-Hola, abuela. – Le pregunté asustada por si ya no se acordaba de mí.

-Hola, Julia. ¿Ya desayunaste? -Mi preocupación se desvaneció en ese instante.

-Sí, abuela. -Le dije dándole un beso.

Estuvimos todo el día juntas. Dimos un paseo por el pueblo, fuimos a poner flores a la tumba del abuelo, hicimos la cena y la abuela me leyó un cuento antes de dormir.

-Que descanses, Julia. -Me dijo mi abuela y me dio un beso en la frente.

Por la noche me desperté con los gritos de mi abuela. Me asomé por la puerta y vi que le estaba gritando a mi madre. Mi madre estaba llorando y mi abuela le estaba gritando que qué hacía en su casa, que se marchara. Me tapé los oídos y los gritos fueron reemplazados por sollozos de mi madre.

Volví a asomarme y, esta vez, mi abuela estaba en el suelo y mi madre llamaba a una ambulancia.

Al día siguiente, María se quedó cuidando de mí, ya que mi madre estaba en el hospital con mi abuela. Mi madre volvió por la tarde, pálida y con ojeras de no haber dormido.

-Julia, prepárate... hay que ir a enterrar a la abuela.

Me quedé observándola perpleja. Después fui a mi habitación y, entre lágrimas, me arreglé.

Después del entierro, nos pusimos a recoger las cosas de mi abuela y marchamos a casa. Desde entonces, María, mi madre y yo volvíamos todos los veranos a visitar a mis abuelos difuntos.

Y esa es la historia de cómo, por culpa del Alzheimer, a mi abuela le dio un ataque de pánico tan grande que su corazón no lo soportó.

Tulipán